

**Séptimo concurso de ensayos
“Caminos de la libertad”**

**El retroceso de la
libertad individual ante
la ilusión populista.**

Por Homero T. Morgan

2012

Introducción

América latina es una región de promesas incumplidas. Hay excepciones pero, en su conjunto, las repúblicas iberoamericanas aún están siendo azotadas por el espectro del populismo que pone en jaque a las libertades fundamentales, el derecho de propiedad, las instituciones y la prosperidad general.

Las explicaciones y definiciones en torno al populismo son variadas, mas el centro de atención deben ser las personas comunes que no se interesan por la filosofía política, pero que concurren a los comicios periódicamente para elegir a sus gobernantes. ¿Por qué este fenómeno genera adhesión electoral en tantos países de la región? ¿Qué motivaciones tiene el ciudadano común para abandonar importantes y crecientes cuotas de su libertad individual en aras de una promesa de bienestar efímero y fugaz? ¿Cuál es la seducción que ejercen los caudillos populistas, que convierten a las instituciones representativas y constitucionales en meras marionetas a su servicio? ¿Por qué se insiste en políticas erradas que producen estancamiento y pobreza, que provocan la huida de emigrantes desilusionados y capitales deseosos de multiplicarse a otros países?

Habremos de indagar, a lo largo de este ensayo, en las claves fundamentales que alimentan al fenómeno populista, para luego poder vertebrar una respuesta a esta patología que carcome los cimientos de la libertad y la prosperidad general.

La incertidumbre

Es frecuente escuchar que se atribuye a un cierto y vago “miedo a la libertad” el apego a las promesas populistas. Más que un supuesto “miedo a la libertad”, imposible de comprobar empíricamente, hay una alta dosis de incertidumbre con respecto al futuro personal: el desempleo, la pobreza y marginalidad, la criminalidad, la arbitrariedad gubernamental, la inestabilidad política, provocan en los ciudadanos fortísimas dudas sobre el porvenir. ¿Cómo habré de conservar mi empleo? ¿Cómo lograré acceder a una

vivienda? ¿Cómo educaré a mis hijos en condiciones dignas, lejos de la violencia y de las privaciones materiales? ¿Cómo tendré salud y lograré prevenir la enfermedad? Al ciudadano del mundo contemporáneo lo siguen aquejando las mismas necesidades materiales que a los hombres y mujeres de hace dos o más siglos atrás, antes de la revolución industrial. Pero, a diferencia de aquellos, ahora los avances científicos y tecnológicos permiten extender la vida por muchos más años, se han erradicado enfermedades que otrora hacían estragos en los primeros años de vida, han mejorado las condiciones de higiene, se ha diversificado la alimentación y ya no hay una dependencia de la bondad del clima para sobrevivir, porque no hay más hambrunas por sequías o malas cosechas. Pero, hoy y ayer, sigue habiendo una necesidad de conservar la propia vida y la de los descendientes.

La existencia humana está atravesada por la más radical incertidumbre: no sabemos qué nos ocurrirá mañana, ni siquiera en los próximos minutos. Elaboramos planes, pergeñamos proyectos, soñamos con el porvenir, pero ignoramos qué nos pasará al día siguiente. Pero el ser humano está dotado de la capacidad de prevenir las contingencias y actuar en consecuencia. Es por ello que puede obrar con prudencia ante el peligro, prepararse profesionalmente, evitar el derroche de bienes, ahorrar.

El ser humano, desde que comenzó a dar sus primeros pasos en el planeta, ha ido dando respuestas a las necesidades materiales y espirituales. No sólo logró crear herramientas para satisfacer su apetito y necesidad de vestimenta, sino que también logró alzar monumentos, especular sobre el porqué, buscar respuestas a los enigmas que lo rodeaban, se adentró en el enigma del universo. Las respuestas a sus necesidades se diversifican y multiplican, atendiendo a la singularidad: hombres emprendedores, visionarios, dieron rienda suelta a su imaginación e iniciativa y se atrevieron a ofrecer nuevos alimentos, vestidos, herramientas. Fueron los comerciantes con audacia quienes se atrevieron a surcar los mares, atravesar los bosques, arriesgarse por caminos inhóspitos y cruzar océanos y continentes para buscar, ofrecer, dar nuevas alas a la humanidad, logrando remontar su vuelo a nuevas altitudes. Espontáneamente surgieron nuevos mercados, fronteras móviles, rutas inesperadas a través de desiertos, para satisfacer las necesidades más urgentes, y también otras que fueron despertándose en la vida cotidiana. Fueron los que abrieron esos magníficos surcos de prosperidad como la Ruta de la Seda, se embarcaron desde la India hacia el Sudeste asiático, o navegaron de lado a lado el Mediterráneo. Este movimiento prodigioso, no obstante, no ha llegado a tocar todas las puertas con la misma intensidad.

Hay quienes se sienten alejados de estas olas de creciente desarrollo, se sienten extraños ante un mundo que se desarrolla a velocidades vertiginosas y de giros inesperados. Y hay quienes, sin escrúpulos, explotan las profundas insatisfacciones de los más pobres, de los que son más vulnerables, de los que se sienten desplazados para aumentar su poder. El que ayer era conocido como “demagogo”, hoy se denomina –y hasta con vanidad– “populista”. Es el que propone la solución fácil, con la promesa a flor de boca, sin tener necesidad de explicar el “cómo” de sus milagros multiplicadores. Es el que ha convertido en un “derecho social” que se reclama a gritos, lo que ha sido fruto de un largo proceso de esfuerzos, privaciones, imaginación, ensayos y errores, inversiones y ahorro. Es el populista el que no vacilará en pisotear la libertad individual y el derecho de propiedad, para disponer de lo ajeno a su antojo, repartiéndolo entre los conciudadanos desesperados, ansiosos, engañados.

El populista lleva adelante, en nombre de la abundancia sin límites, la destrucción de las fuentes del bienestar. No se amilanará ante los límites puestos a su poder. No se preocupa por el mañana, sino por el presente inmediato.

Su aliada es la angustia ante la incertidumbre, se alimenta de ella y, al mismo tiempo, la agiganta al promover políticas que, lejos de promover el crecimiento, mantienen intactas las causas de la pobreza. En su afán de permanecer eternamente en el poder del Estado, e incluso lucrar con ello,

debilitará a la sociedad civil, a todo rasgo de independencia, a la iniciativa privada que no se haya cobijado bajo su sombra. Puede propiciar las estatizaciones a la vez que falsas privatizaciones en beneficio de sus amigos y socios, puede oscilar en sus arengas entre la diatriba, la difamación y los llamados a la unidad y el patriotismo. Desde el poder, promoverá la falsificación de la moneda con la emisión descontrolada de dinero, la inflación, que tendrá el efecto ensoñador del aumento inmediato de billetes disponibles en los bolsillos, pero que en la realidad no significa sino la caída del poder adquisitivo de los salarios. El ciudadano común no reparará en estos cambios; sólo atenderá a lo urgente, a la provisión diaria de sus necesidades materiales: el carcelero ha logrado seducir a sus prisioneros, diciéndole que fuera de los muros sólo habrá hambre, desesperación y muerte para ellos. Así, las gruesas paredes del presidio, que le impiden ver más allá de su angustiada y precaria situación, son alabados por los prisioneros como si fuera una fortaleza que contiene al peligro que acecha. Ante un mundo que es advertido como dañino y peligroso, la prisión les parece un oasis de seguridad. Están atrapados, sordos ante los gritos que, del otro lado del muro, los llaman a derribar esas vallas oprobiosas.

Un intento de definición

Ahora bien, ¿es posible definir al populismo? Esta es la objeción con la que Ernesto Laclau inicia su obra sobre el populismo, apuntando contra los críticos del mismo. Intentaremos dar una definición, establecer un contorno de este fenómeno político. Por ello, diremos que *el populismo es un movimiento que articula demandas insatisfechas, para cuya satisfacción apela al poder político y sostiene la supremacía del "pueblo" en detrimento de la libertad del individuo y su derecho de propiedad, así como de los mecanismos institucionales y legales que equilibren y limiten el poder.*

A partir de esta definición -que no suponemos exhaustiva ni definitiva, pero sí como un instrumento útil para abrir el debate- se pueden profundizar diversas facetas que nos explican, desde una cosmovisión que parte del axioma del respeto a la persona, porqué del carácter esencialmente autoritario, de cesarismo plebiscitario, antiliberal, anticonstitucional y antirrepublicano de los movimientos populistas.

La terminología del populismo es deliberadamente ambigua, sin necesidad de comprobación empírica ni de precisión. "Pueblo" es aquel actor imaginario del que los populistas se hacen pasar como legítimos representantes, como voceros de su voluntad, aun cuando el contorno de este término sea extremadamente difuso. No todos los habitantes de una nación son parte del "pueblo" para el populista, alimentando así la búsqueda de la confrontación. Quién es y quién no es "popular", o "nacional", queda librado al arbitrio, la imaginación y, sobre todo, a la circunstancia política inmediata. El amigo y aliado de hoy puede convertirse, rápidamente, en el enemigo odiado al día siguiente. Y el populista no vacilará en estigmatizar a quienes intenten refutarlo o, simplemente, lo interpeleen: se convertirán, por arte de su voluntad, en "anti pueblo". Así, son los que determinan el límite entre el bien y el mal, actitud maniqueísta que polariza a la sociedad, poniendo en un lado a los "puros" y "comprometidos", y en el otro extremo a los "réprobos". El pluralismo, que implica el respeto a la diversidad de opiniones y posturas, es reemplazado por la "pluralidad", que no es otra cosa que la mayoría que, cuanto más abrumadora, anónima y aplastante sea, más frutos rendirá a la política populista.

El populismo es antiliberal porque no reconoce límites al poder; de hecho, proclama la soberanía del pueblo no como fuente de legitimidad, sino como fin de todas sus acciones. La voluntad del "pueblo", interpretada como un oráculo por parte de los líderes populistas, no es cuestionable; el líder tampoco debe dar respuestas, no es responsable ante otros poderes del Estado, ni tampoco al periodismo y la sociedad civil. El orden constitucional, que nació para que los gobernantes fueran responsables ante los

parlamentos y para reconocer que hay libertades individuales que son anteriores al Estado, se convierte en un mero escenario en el que el populista actúa a sus anchas, desvirtuando el concepto fundante de la limitación al poder.

Es contrario a la república, porque el equilibrio de poderes es reemplazado por un parlamento y una Justicia que acompañan solícitamente el mandato populista, despejando cuanta demanda y queja se presente ante sus atropellos. Los poderes legislativos se transforman en torneos de discursos altisonantes que loan al pueblo y a su “intérprete” en el poder, además de cómplices de la inflación de normas que entorpecen y debilitan a la iniciativa individual y privada, enmarañando las leyes y reglamentos de modo inextricable, como un nudo gordiano que sólo cabe cortar con decisión.

Es esencialmente opuesto al derecho de propiedad privada, por cuanto el populismo no vacila en quitar a unos para dar a otros, socavando la inviolabilidad que le es inherente. La astucia del populista, sin embargo, no consiste en ir de frente contra la propiedad, sino atacar a sus poseedores más visibles; la amenaza queda latente contra todos. Se invierte el *erga omnes*. Y es así como impide la acumulación de capital, destruye el ahorro, elimina incentivos y ahuyenta los pocos capitales que pudiesen quedar. El modelo populista expande la presencia estatal en detrimento de la iniciativa privada, tal como lo hizo el peronismo en los decenios de los cuarenta y cincuenta en la Argentina, siendo un ejemplo histórico de cómo este creciente poder estatal llevó a uno de los países más desarrollados de América latina, tan atractivo a las inversiones internas y extranjeras, a una posición cada vez más baja y empobrecida.

El nacimiento de la ilusión

El ilusionista profesional bien sabe que lo que muestra es una apariencia. Tampoco pretende hacernos creer que eso es real, sino que juega con nuestros sentidos. Conoce nuestras flaquezas, ha practicado miles de veces cada uno de sus trucos hasta llegar a la perfección en la prestidigitación. Al acabar la función, aplaudimos su destreza, sin que creamos que sus hazañas sean reales. Nos iremos pensando en “cómo lo hizo”, sabiendo que fuimos deliberadamente engañados y nos entretenemos con esa ilusión.

El populista es un ilusionista que pretende mostrarnos una apariencia como si esta fuera real. Alimenta la concepción errada de que la abundancia está allí, disponible para todos, y que sólo basta con querer alcanzarla y repartirla. Como si la riqueza fuera de un monto fijo, que no hubiese sido creada, y que el gran problema humano es que está mal repartida.

Partiremos de la idea de que ante la vida se asume una de las dos posturas: como creador y protagonista, o bien como víctima; la primera es la visión de los que afrontan la existencia con iniciativa, empuje y dinamismo. La segunda, de aquellos que reclaman a gritos y con furia que todo les sea dado, por el simple hecho de estar aquí. El “derecho social” nace de esta segunda visión simplista de la existencia y del mundo.

La concepción de los llamados “derechos sociales” parte de la premisa de que solamente se es libre cuando ya no se tienen necesidades insatisfechas: es la liberación de las demandas materiales. Todo derecho implica una obligación de otro. El “otro”, en este caso, es la “sociedad” representada por el Estado, que tendría la obligación de “liberarnos” de las necesidades materiales. La igualdad material sería, entonces, un requisito para la libertad. Para lograr esa “igualdad material” el Estado debe intervenir en la economía y la sociedad, además de expandirse. La paradoja es que esta creciente intromisión dificulta el crecimiento de la economía, debilita la empresa privada, sino que además tiene los resultados opuestos a los que busca, haciendo más difícil el acceso a la satisfacción de las necesidades elementales de las personas.

Desde la perspectiva del “derecho social”, es un acto de “justicia social” satisfacer las necesidades materiales del “pueblo”, ya que de este modo se lo

hace “libre” de la pobreza. Ser pobre, en esta visión, sería ser dependiente o esclavo de otros, a los cuales se somete para lograr la subsistencia. Es parte de la noción de la “libertad positiva”, en contraposición de la de libertad negativa, en la que el individuo alcanza su autorrealización gracias a la posesión de beneficios materiales en un plano de igualdad con los demás. Esa falta de libertad material se debería, por consiguiente, a que otros poseen injustamente la abundancia, en detrimento de la mayoría. De allí que se sostenga que la “libertad” (y subrayamos que es la “material”) sólo es posible en un contexto de igualitarismo. El enemigo de la igualdad es, entonces, la propiedad privada, puesto que es la manifestación más explícita de las desigualdades entre los hombres; es el modo cuantitativo y visible de reflejar esas disparidades. No es casual que socialistas y anarquistas hayan puesto la mira en la destrucción del derecho de propiedad, sosteniendo que el Estado es el protector de la misma, en tanto instrumento de dominación de los propietarios. El orden constitucional liberal es sometido a presiones desde dentro para socavarlo, alterarlo, a fin de derruir el derecho de propiedad.

En gran medida, esta ilusión está fundada en elementos presentes en nuestra cultura desde hace milenios: el relato mítico de la “edad de oro”, una época primordial, lejana en el tiempo, en la cual los humanos vivían en la abundancia sin necesidad de preocuparse por el sustento, no estaban aquejados por enfermedades ni la vejez, y disfrutaban alegremente en el mejor de los mundos. Un sueño de la infancia eterna, despreocupada e inocente, la beatitud plena, como cuando éramos niños y no pensábamos en el costo de los alimentos, el abrigo, la vivienda y los juegos. El tiempo de la irresponsabilidad y el goce lúdico. Esa idea del paraíso terrenal como un estado natural previo a la civilización está presente en muchas culturas, y de hecho también en las utopías políticas de los siglos XIX y XX, como la idea del “comunismo primitivo” hasta que alguien inventó la propiedad –símil al “pecado original” de probar el fruto del árbol de la Sabiduría-, o bien las utopías étnicas de la pureza biológica de un pueblo, otrora inmaculado y glorioso. Estas visiones idílicas nutrieron a las utopías criminales del marxismo y el nacionalsocialismo, que buscaron retornar a esa “edad de oro” con la implantación de regímenes totalitarios y genocidas, masacrando a millones de personas consideradas “culpables”, que fueron los burgueses para el socialismo real y los judíos para el nazismo. Tanto el futuro comunista como el *Lebensraum* de la “raza de los señores” son visiones milenaristas que proyectaban sueños de abundancia sin límites, armonía y dominio pleno del grupo sobre las carencias materiales.

Si bien el populista no tiene una utopía a la cual llegar, coquetea hábilmente con estas ideas circulantes en el imaginario político y social de los últimos siglos. Su preocupación es exacerbar el conflicto, sin llegar al desenlace lógico de una sociedad estrictamente igualitaria sin propiedad privada. En este sentido, no vacilará en presentarse como una variante “intermedia”, un “tercer camino” entre el capitalismo y el socialismo, ya buscaría “armonizar” las relaciones entre el capital y el trabajo.

Es un ilusionista hábil, porque sabe que la economía de mercado y la democracia liberal son formas pacíficas para la resolución de conflictos, basadas en la ley y el contrato, pero que no prometen soluciones definitivas. Son procesos dinámicos en los que las personas interactúan sin violencia, utilizando las porciones de conocimiento de las que disponen, co-creando un orden espontáneo que crea y multiplica la riqueza.

Expresión acabada del populismo es la frase que utilizó con profusión el peronismo, en Argentina, de que “con cada necesidad, nace un derecho”. Esto implica que cada necesidad humana –que sabemos que son infinitas–nacería un “derecho social”. Ergo, también nacería la obligación de los “otros” –llámese la “sociedad”, expresada a través del Estado- de atender esa demanda insatisfecha. Muchas veces se intenta demoler a este concepto desde un punto de vista estrictamente presupuestario –que es válido, pero no suficiente- de ¿quién paga? Pero la pregunta válida y esencial es ¿hay obligación?

Desde el punto de vista estrictamente semántico, el “beneficio” es “hacer el bien”. Esto implica que hay voluntad, no obligación. El Estado benefactor, entonces, sería aquel que otorga beneficios por voluntad política, por deseo de los ciudadanos a través del legislador, no por una obligación de satisfacer los “derechos sociales”. Así, puede ser decisión política la difusión de la educación con el objetivo de formar ciudadanos respetuosos de la ley con un mínimo de conocimientos elementales, como también proveer salud para evitar la propagación de enfermedades masivas que perjudicarían a todos, o bien un seguro de desempleo para evitar conflictos y desbordes sociales. Pero hay una voluntad de hacer el bien, no una obligación ante un “derecho social”.

Democracia, mercado y populismo

La democracia es un régimen basado en la elección y alternancia pacífica de los gobernantes, fundado en comicios libres, competitivos y transparentes. En este proceso participan los partidos políticos como canales de expresión de la ciudadanía, que articulan conjuntos de ideas más o menos homogéneas, con el fin de llevar y poner en práctica esas propuestas en los parlamentos y poderes ejecutivos. Los partidos políticos nacieron en torno a programas que permiten diferenciarse, y esto es lo que el ciudadano advierte a través de los discursos, plataformas electorales y slogans desplegados en las campañas electorales.

El orden constitucional liberal es el armazón jurídico de la democracia, es el cimiento que sostiene a este edificio. El populismo aspira a utilizar las herramientas de la democracia y la libertad de expresión, prensa y asociación para restringir la libertad individual, en aras –supuestamente- de un beneficio colectivo.

La democracia liberal, fundada en el pluralismo y la diversidad, cree y alienta el disenso en el marco del respeto a la libertad individual. El populista aprovecha ese clima de libertad para exacerbar las demandas insatisfechas, los estados de ánimo de desilusión e incertidumbre, la falta de respuestas inmediatas a males profundos. La economía de mercado, la democracia liberal y el orden constitucional no tienen respuestas para el sentido de la vida, ni aspiran a tenerlas. No pretenden explicar porqué estamos en este mundo, ni tampoco tienen un sentido de la historia. Desde este punto de vista, se encuentran inermes ante las fantasías que esgrimen las utopías, o los reclamos imperiosos del populismo. La economía de mercado brinda más y mejores oportunidades, abre las puertas de la iniciativa, pero no da ni puede dar las respuestas definitivas a los problemas humanos. Es un sistema imperfecto al que la experiencia de los últimos siglos nos muestra como el mejor o, quizás, el menos malo en comparación con las alternativas basadas en la intervención estatal de la economía o, simple y llanamente, la planificación central. La economía de mercado no garantiza resultados ni promete el éxito. Es un sistema espontáneo basado en la interacción libre y voluntaria de las personas, por lo que resultaría absurdo pretender saber cuáles serán las consecuencias. Esto lleva a que muchas personas, ansiosas por lograr determinadas metas, cuestionen severamente al sistema más pacífico al que se ha llegado, tras milenios de experiencias históricas. Todos los sistemas que han intentado imponer determinados resultados han fracasado estrepitosamente, a pesar de todas sus consignas plagadas de las mejores intenciones. La economía de mercado tiene el gran mérito de exponer el mundo real: que los recursos son escasos y las necesidades son ilimitadas. A partir de esta premisa, debemos interactuar para lograr, en la medida de las posibilidades reales, cómo satisfaremos nuestras necesidades, condicionados por la cuantía de capital invertido, los bienes de capital existentes, el marco jurídico, la actitud emprendedora y lo que hemos heredado de generaciones anteriores. Se presupone la libertad negativa, que es la ausencia de coacción. Hay derecho a trabajar, asociarse, comerciar, en el sentido de que no se nos debe prohibir esta actividad en tanto tenga

medios y fines que dañen a los demás. Acertadamente señalaba Juan Bautista Alberdi, en su *Sistema económico y rentístico*, que el derecho a trabajar no significa que a un actor se le provea de una audiencia que lo aplauda. Desde el punto de vista del “derecho social”, cada actor –con o sin talento- reclamaría un estadio repleto de aplaudidores, para que no se frustrase su derecho al trabajo...

Si para el populista “toda necesidad crea un derecho”, entonces los “derechos sociales” son infinitos y la obligación de satisfacerlos, también. Esto puede llevar a extremos insoportables, a tensiones sociales que quebranten el Estado de Derecho y vulneren las libertades fundamentales, y llevan a la instauración de regímenes autoritarios que, además, no sólo no satisfarán a la población, sino que la empobrecerán a niveles alarmantes. Porque al conflicto político que genera, debemos recordar que los bienes son limitados, así como el capital disponible para crearlos. Esto lleva a un laberinto en el que unos y otros se culpan por no encontrar una salida. Pero es un laberinto mental, construido por nuestras ideas y palabras, del que se puede salir con la ayuda de un simple hilo, recordando el sentido original de los términos que utilizamos, o bien volando tal como lo hizo Dédalo, pudiendo contemplar desde lejos esta construcción artificial que nos atrapa.

Puesto que la “obligación” de satisfacer los “derechos sociales” recae en los propietarios y contribuyentes, estos serán demonizados para culparlos de la abundancia que poseen. Poco y nada habrá de interesar a quien exige un derecho social cuál es el origen de lo que se le provee, cuáles son los costos y consecuencias, su única preocupación es recibirlo porque lo considera justo.

Es así como se multiplican los reclamos, cada vez más perentorios, de una vivienda o planes sociales. Y ante esto, ¿quién se anima a decir, con voz clara y fuerte, que no hay tal “derecho a la vivienda”? Puede haber, sí, una política de vivienda por parte de los gobiernos, a fin de ayudar y facilitar a que parte de la población más pobre pueda acceder al beneficio de una vivienda, pero no hay una obligación a proveerla. Es claro que, en la confusión de términos y conceptos en el que hoy vivimos, resulta impopular hacer estas afirmaciones y se tilda, sin miramientos, de darwinista social a quien pueda objetar los “derechos sociales”. Y, sin embargo, el propósito es exactamente el opuesto. El desiderátum es que todos puedan comprar o construir su vivienda en base al esfuerzo propio, al trabajo tesonero, para que sean propietarios de hecho y de derecho con la conciencia tranquila de haber transitado el camino correcto de quien gana el sustento y el techo con sudor diario. Puede haber una política pública de vivienda como paliativo, con el sentido del beneficio social, como una forma de solucionar un problema que aqueja a un sector de la ciudadanía, pero no por una “obligación” del Estado o de la sociedad. La obligación indelegable del Estado es la de defender los derechos individuales frente a cualquier agresión, no el de proveer la “libertad material”.

Al “derecho social” hay que denominarlo beneficio social, que debe ser debatido abiertamente en el proceso político su conveniencia, factibilidad y quiénes deben recibirlo. Al considerarlo como un “derecho”, se petrifica dogmáticamente y se impide la posibilidad de abrir el debate, ya que pasa a ser sacrosanto en nombre de la “justicia social”. Estamos tan impregnados de esta terminología, que nos estremece el pensar en ponerla en discusión. Pero es preciso hacerlo. Si le quitamos el halo sagrado e incuestionable, ayudaremos a elevar a los que reciben el beneficio social a un grado de dignidad personal que se les niega, implícitamente, con el clientelismo. Es una ayuda al que se ayuda, una herramienta para ser responsable, un instrumento para salir de una situación crítica.

Es preciso remarcar que no hay tal posibilidad de “libertad material”: los humanos somos falibles, nos enfermamos y morimos. Nuestro paso por esta vida comienza en la más amplia ignorancia y pobreza en el momento del nacimiento, somos la especie más vulnerable al instante de salir del útero materno. La fantasía de la “libertad material” provoca una carrera alocada por

recursos que son escasos.

La retórica populista se ha apoderado del discurso político y de las mentes del mundo académico. Tiñe el lenguaje cotidiano, creando una oleada de reclamos que se extiende a los actuales “indignados”, que exigen al Estado empleo, educación, vivienda e inclusive el acceso gratuito e ilimitado a internet. La feroz crítica que hacen al “consumismo” se les vuelve como un *boomerang*, ya que reclaman como niños lo que deberían producir como adultos. Pero las fuerzas del populismo, sobre todo cuando se hallan en la oposición, incentivan estos reclamos y no vacilan en culpar a los inmigrantes, a los inversores extranjeros, a las “ganancias extraordinarias” de las empresas, a la “oligarquía” y a teorías conspirativas de imposible demostración. Ya en el poder, los populistas darán latigazos y a la vez cortejarán a los empresarios, privilegiando a aquellos que se asocien con sus aventuras gracias a barreras arancelarias, subsidios, créditos baratos a cambio de “favores” –léase enriquecimiento con sobornos- y sustento en las campañas electorales, cada vez menos transparentes.

Los planes sociales

Una de las políticas más frecuentes que desarrollan los gobiernos populistas son los planes sociales, que teóricamente son una asistencia para quien tiene problemas de hallar un nuevo empleo. Una salida transitoria, temporal. En la práctica, estos planes se eternizan. Los ministros de desarrollo social o similares se ufanan por la expansión de sus planes, cuando en la realidad ello debería demostrar el fracaso de las políticas implementadas. Cuando los planes de emergencia se multiplican, es porque no hay crecimiento económico ni creación de empleo, sino expansión estatal y aumento de la burocracia. Un ministro exitoso debería mostrar que la cantidad de planes sociales disminuye, no que crece la cantidad de personas necesitadas. La paradoja es que su triunfo debería llevar a su propia desaparición.

Pero el plan social es un instrumento de dominación que establece la dependencia al Estado. Es un mecanismo de disciplinamiento de la sociedad, que pone a los individuos al servicio de una fuerza política que se apodera del Estado para incrementar su poder, vulnerando no sólo los mecanismos constitucionales, sino utilizando a las personas como meros medios de su voluntad. Lejos de buscar que las personas se desarrollen, el populismo implementa políticas de estricta dependencia al Estado. De este modo, son cada vez menos los ciudadanos que no viven del empleo público o la asistencia social, por lo que su margen de autonomía se estrecha cada vez más. Su destino queda atado al del líder político, con lo que el régimen democrático tambalea en su pluralismo y posibilidad de alternancia en el gobierno. El clientelismo genera obediencia, sumisión, cobardía cívica: las elecciones pasan a ser un espectáculo de demostración de adhesión al caudillo político, en el que ya está conocido el ganador de antemano. Si a esto se le suma la falta de debate sobre las causas y problemas que crea el populismo –porque no es políticamente correcto criticar a los “derechos sociales”-, esa magnífica posibilidad de cambio que son los comicios se transforman en una obra de teatro en la que todos los actores repiten el mismo libreto, por temor a ser abucheados por el público.

Las elecciones, que deberían ser una señal de premios y castigos, se transforman en plebiscitos a favor o en contra del líder populista, devenido en dueño y proveedor de las llaves de la felicidad. Esto desnaturaliza el espíritu del disenso y el debate que deben permear los comicios, en los que los candidatos y gobernantes deben responder ante el elector por lo que hacen, han hecho y harán. Es un contrato que se renueva periódicamente, pero para ello ambas partes deben interactuar. El plebiscito, en cambio, polariza, inflama las pasiones y descarta el debate racional y sosegado.

Evitar el populismo, salir del populismo

El populismo nasce y se desarrolla en un ambiente de confusión conceptual

El populismo nace y se desarrolla en un ambiente de confusión conceptual deliberada. Es parte de su estrategia. Apela a sentimientos de colectividad, solidaridad, nacionalismo, mezclándolos con condimentos de conquista y épica política.

Debe ser refutado y cuestionado desde sus mismos principios, así como en sus pobrísimos resultados. La experiencia histórica es abundante en ejemplos de que el populismo, el intervencionismo económico y el autoritarismo han empobrecido a muchas sociedades. Son políticas de estancamiento que agravan las necesidades materiales.

Son muchas las personas que, de buena fe, creen que las políticas populistas son beneficiosas y que llevan a la modernidad. En primer lugar, es a estas personas a las que hay que explicar y demostrar los resultados perniciosos del intervencionismo estatal, el nacionalismo y proteccionismo económico y los planes sociales *ad aeternum*.

Asimismo, no sólo hay que llevar adelante un debate esclarecedor en los ámbitos académicos, políticos y periodísticos, sino que también hay que fomentar y desarrollar redes en la sociedad civil. Son muchas las ONG, denominaciones religiosas y asociaciones voluntarias que impulsan programas de asistencia a los sectores más necesitados. Hay que actuar para que estas asociaciones comprendan que su rol es central, no como accesorios ni acompañantes. Pueden crear hábitos de emprendimiento, ayudar a la construcción de nuevas viviendas, promover acciones que fomenten la salud y de generación de empleo. Estas redes voluntarias pueden ser los canales de transmisión de nuevos hábitos laborales que permitan liberarse de la tutela clientelista y la asistencia estatal, propagando actitudes positivas hacia el emprendimiento, la acción y capacitando para los nuevos desafíos laborales del mundo contemporáneo. Ante la presión de los movimientos populistas, es necesario crear una red de contención y comunicación que permita a las personas que se liberen del entramado del clientelismo. Puede haber un costo emocional y económico muy alto al salir del sistema clientelista, por lo que estas redes de asociaciones voluntarias son instituciones claves para enhebrar la cooperación libre y articulada de quienes quieren llevar adelante la vida con su propio esfuerzo. En este sentido, las redes sociales que han nacido en internet son una ayuda complementaria indispensable: gracias a ellas se han multiplicado esfuerzos loables para la ayuda de los más necesitados, así como la propagación de causas nobles. Son ejemplos luminosos de que las personas pueden y quieren cooperar voluntariamente en ayuda mutua, que están dispuestas a involucrarse activamente sin necesidad de la intermediación y la tutela estatal. Son modelos de coordinación de voluntades en pos de un objetivo común que deben ser estudiados e imitados.

Para evitar el populismo o salir de él, hay que dar pequeños grandes pasos. No cabe esperar que los resultados beneficiosos de la economía de mercado lleguen solos a los sectores más necesitados, sino que hay que actuar en la sociedad civil y en el mundo de las ideas.

El pequeño propietario es el principal escollo para el populista. Aquel que sabe ganar su salario, ahorrar, emprender y fortalecer su propio hogar es quien más desconfía de las promesas populistas. Son aquellos que no desesperan ni nada esperan de los demás, sino que actúan como creadores de su propio porvenir ante la adversidad. Es, también, el más expuesto a la inflación, los impuestos y las regulaciones burocráticas. Es la víctima predilecta e inmediata del dirigismo económico, puesto que su posibilidad de influir en las decisiones que emanan del poder político es escasa y limitada. Por ello, es imprescindible esclarecer ante la opinión pública cuáles son las causas y consecuencias de las políticas que llevan a la ilusión populista.

Hacia una ética de la responsabilidad

No hay vacuna definitiva contra la ilusión populista. Como hemos señalado en el comienzo, la incertidumbre es parte de nuestra vida, y debemos aprender a convivir con ella. Es falso que haya habido tiempos de certeza y

aprender a convivir con ella. Es falso que haya habido tiempos de certeza y seguridad: todas las épocas fueron de cambios, más o menos rápidos, que alteraron las relaciones humanas. Basta con ver las geografías de los países, cómo surgieron y cayeron grandes y poderosos imperios; y cómo naciones que otrora fueron ricas, hoy han quedado arrumbadas en los libros de Historia. En el período de posguerra se intentó crear la ilusión de la estabilidad basada en el Estado benefactor, pero su costo ha sido tremendo y ahora se viven las consecuencias de su falta de flexibilidad y promesas imposibles de cumplir.

Hay que insistir en la responsabilidad de las acciones, en una ética basada en que cada uno debe responder por lo que hace y deja de hacer. Ser responsables para ser libres, implica el involucramiento activo en la vida de la polis: no sólo permanecer en guardia ante las tentaciones autoritarias del poder político para preservar la libertad individual, sino un compromiso en la sociedad civil. No en vano, Alexis de Tocqueville señalaba que la sociedad libre de los Estados Unidos se fundaba en las asociaciones voluntarias, la libertad de prensa y las instituciones municipales, ya que son los ámbitos más naturales para el desarrollo del espíritu cívico.

Como ciudadanos que aspiramos a vivir en una sociedad libre y pluralista, no podemos descuidar ni abandonar en otros la custodia de nuestros derechos individuales.

No hay vacuna definitiva contra la ilusión populista ni las tentaciones autoritarias, así como tampoco hay un triunfo final del constitucionalismo, la democracia liberal y la economía de mercado. No hay un estado de beatitud final en este mundo. Es y será una discusión permanente, porque los seres humanos no estamos satisfechos con el presente que vivimos. Y por ello actuamos. Comprendamos que ningún sistema satisfará en su totalidad las necesidades, porque somos falibles, volubles, cambiantes y con nuevas necesidades. Pero ello debe hacernos tomar conciencia de la responsabilidad de nuestras acciones. Como señalaba Edmund Burke en sus *Reflexiones sobre la Revolución francesa*, la sociedad es un contrato entre los vivos, los muertos y los por nacer. Las decisiones de ayer, incluso de un pasado remoto y desconocido, nos afectan hoy; nuestro presente es, en gran medida, el resultado de innumerables acciones del pretérito. El populismo de hoy será la falta de libertades, la miseria, el endeudamiento y la decadencia de mañana. No podemos ni debemos permanecer indiferentes ante las falacias que alimentan a un fenómeno que hace daño a nuestras libertades individuales.

Bibliografía consultada

- Ángel Soto y Paula Schmidt, *Las frágiles democracias latinoamericanas*.
Edmund Burke, *Textos políticos*. México, FCE, 1996.
Ernesto Laclau, *La razón populista*. Buenos Aires, FCE, 2005.
Flavia Freidenberg, *La tentación populista*. Madrid, Síntesis, 2007.
Friedrich A. Hayek, *Los fundamentos de la libertad*. Madrid, Unión Editorial, 1982.
Giovanni Sartori, *¿Qué es la democracia?* Buenos Aires, Taurus, 2003.
Isaiah Berlin, *Dos conceptos de libertad y otros ensayos*. Madrid, Alianza, 2008.
Mircea Eliade, *Aspectos del mito*. Barcelona, Paidós, 2000.
Ricardo Sidicaro, *Los tres peronismos*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

